

El I Congreso de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias

SANTIAGO GARMA PONS

Presidente de la SEHC

El desarrollo del Congreso (celebrado en la segunda quincena de diciembre) ha sido brillante por su interés, por lo polémico, por la calidad de las ponencias y por haber logrado la comunicación entre los cien asistentes venidos de toda España. Los temas tocados por las cincuenta y tres ponencias aceptadas, algunas en el último momento, recogidas en un librito de 105 páginas, han sido la historia de las matemáticas, de la física, de la química, de las ciencias naturales, de la técnica, de la medicina, de la farmacia, epistemología y metodología de la historia de las ciencias, historia del derecho y de la lingüística. Es decir, que además del estudio interno de la ciencia se aportaron materiales que permitirán comprender el contexto en el que ésta se desarrolló. Las ponencias respondían a los tres temas propuestos por los organizadores: el científico español ante su historia, la ciencia en España entre 1750 y 1850 y temas libres.

De entre las polémicas más interesantes destaca la que, casi desde el comienzo, y, en buena parte, como consecuencia de la conferencia de Crombie, se planteó entre los teóricos de la historia de las ciencias y metodólogos e investigadores de la historia de las ciencias. Mientras que los primeros señalaban la importancia de poseer un método de trabajo y que éste debe contar con un criterio en la elección, los segundos contraponían lo prioritario de la investigación material, sin la que no es posible hablar de la historia de las ciencias; la discusión fue seguida de un acercamiento de las posturas, pero continuará.

Lamentablemente, a partir del segundo día, dado el número de comunicaciones, se hizo preciso duplicar las sesiones, por lo que debido a la simultaneidad no fue posible asistir a todas las lecturas. Entonces no es posible señalar en esta crónica más que algunas de las oídas y que, por supuesto, el destacarlas no obedece más que a un criterio de interés personal en el tema. Entre ellas me parecieron muy interesantes las del profesor Emilio Garbayo sobre la Dependencia Tecnológica y el rigor matemático y la Ignorancia ideológica del constructivismo, la de Antoni Roca Rosell acerca de "El impacto de la hipótesis cuántica en Cataluña", y la del ingeniero José María Romeo, que hizo una buena crítica comparativa del telégrafo óptico y los diferentes sistemas de transmisión a fines del siglo XVIII. Por el impacto causado y la abundancia de ideas es preciso también resaltar el grupo de ponencias sobre teoría de la historia de la ciencia, que contó con las aportaciones de Vericat, Beltrán, Ferraz, Jareuta y Zamora, que intervinieron en el orden dado aquí.

Un apartado especial merecen las conferencias y mesas redondas dictadas y dirigidas por Taton y Costabel. Hay que agradecerles, muy especialmente, sus intervenciones, pues en vez de limitarse a dar la conferencia preparada para estos casos, nos expusieron sus métodos y problemas en sus investigaciones últimas, proporcionando así información de primera mano. Especialmente la exposición de Costabel sobre el método de indización de obras científicas nos descubrió una fuente de información, cara eso sí, estudiando el uso de las palabras y su contexto, que da una visión de la ciencia que queda oculta en su mayor parte con la investigación habitual. Taton nos dio la información última sobre Lobachetski y la aparición en la literatura matemática de las geometrías no euclidianas que permite comprender muy bien el fenómeno y su desarrollo.

Ahora los problemas que se le plantean a la sociedad se refieren principalmente a la materialización de este cúmulo de material en una publicación que, si se continúa con el tradicional, hasta ahora, desasistimiento por parte de los poseedores de las influencias y los dineros, será muy difícil de llevar adelante. Por otra parte, queda la satisfacción de haber hecho evidente la presencia de un importante grupo de historiadores de las ciencias, por el número y la calidad, en los institutos y Universidades cuyo entusiasmo ha hecho posible el primer Congreso de la SEHC. ■

NADAL 79



Una novela neopicaresca

El historial literario de Germán Sánchez Espejo, Premio Nadal 1979, es una constante de trabajo, de investigación, de ensayo experimental, que se inicia en la década de los sesenta. En 1965, siendo estudiante jesuita, sorprende, primero, a sus propios superiores, y, después, al público lector con la novela *Experimento en génesis*, primera de lo que —todavía en su mente— era una pentagonía de reminiscencias bíblicas, *Pentateuco*.

La sorpresa radicaba en el hecho de que, fecundado por la lectura de Joyce y los autores franceses del "Nouveau Roman", un hombre de formación clásica emprendiera el áspero camino de buscar nuevas formas expresivas. Y, sin embargo, Sánchez Espejo llevaría, incluso en los nuevos senderos emprendidos, toda la riqueza de los clásicos griegos y latinos, que en él son mucho más que una fácil cita de florilegio.

A aquella primera novela siguen *Síntomas de éxodo*, *Laberinto levítico* y *De entre los números* (falta, para completar la pentagonía, *Deuteronomio de salón*, ya más que adelantada en su telar).

Del cuarto de los títulos enumerados decía, no hace mucho, el también novelista J. J. Armas Marcelo (TRIUNFO, número 822): "Es en el lenguaje de la novela donde Sánchez Espejo ha hecho recaer la responsabilidad del pase largo, como catalizador definitivo de todos los hilos y la trama del relato a través del cual ganan vida y organización el propio proceso narrativo, los personajes, la acción y la relación de la novela".

Sin embargo, al escribir *Narciso*, obra que le ha valido el Nadal, Sánchez Espejo vuelve al mundo de la picaresca española, pero lo hace —forzosamente tiene que hacerlo— llevando a cuestras todo ese universo estructural surgido en los tres siglos que median entre la edad de oro y nuestros días.

Narciso es, pues, una novela "neopicaresca", pero —como él nos dice— "nuestro cerebro ha sufrido

una mutación trascendental, hemos tenido a Freud, vivimos un culto a los temas psicológicos, y el mismo orientalismo, tan ajeno en la época de Quevedo, pertenece ya, como algo muy próximo, a nuestro bagaje cultural". De ahí que este regreso suponga seguir investigando en el lenguaje, incorporar el monólogo interior y el "flash back", en una palabra, darle al viejo mito carta de ciudadanía en nuestro mundo consumista.

Escrita en los años 67-68, "el original de esta novela ha dormido en el cajón un sueño de diez años, mientras iba madurando, hasta que un día, al ver que ya había sazonado, la retomé y volví a dedicarle un par de meses de trabajo".

El autor sitúa esta novela, picaresca y sensual, "a caballo entre lo sublime y lo ridículo". Pero *Narciso* brinda, en virtud de su misma complejidad, posibilidades de más de una lectura: desde la anécdota divertida y el humor, pasando por el carácter experimental del lenguaje, la estructura arquitectónica, la psicopatología del narciso de hoy, el ocultismo orientalista, cierto natural erotismo que del héroe mismo rezuma y, sobre todo, ese mundo resonante de la mitología grecolatina.

"Escribo, después de mi jornada de trabajo habitual, por la tarde, a la noche y en los fines de semana", dice, y a la pregunta: "¿Quiénes son tus autores predilectos?", responde: "Releo sin descanso a los clásicos, especialmente la novela picaresca".

Hombre afable en extremo, a pesar de verse agobiado por llamadas telefónicas, visitas y plácemes, no parece tener prisa. Su juventud, una juventud de la que —entrometiéndonos en su mundo— podría decirse que "implevit tempora multa", es bastante más que una promesa. De ahí que, este año, el Nadal, lejos de haberlo descubierto, no haya hecho más que premiar un trabajo firme, siempre ascensional y, además, callado. ■ BERNARDO DE ARRIZABALAGA.